

CASIMIRO

Casimiro nació en Numancia de la Sagra, un pueblo tranquilo donde casi todo el mundo se conocía de vista. Sin embargo, apenas pasó tiempo allí: sus padres eran acróbatas en un pequeño circo ambulante y, cuando él tenía solo unos meses, volvieron a la carretera. Casimiro creció entre caravanas y cuerdas frías que tiraban de sus manos cuando ayudaba a montarlo todo.

Sus padres formaban parte de un número acrobático sencillo pero vistoso. Él se incorporó desde muy pequeño con piruetas básicas y saltos que, aunque modestos, se ganaban el aplauso fácil del público. Entre función y función, Casimiro aprendió a convivir con la disciplina del circo: madrugar para montar la carpa, entrenar incluso cuando el cuerpo pedía descanso y viajar sin protestar aunque el destino fuese un descampado perdido.

Aun así, nunca sintió que aquel mundo fuera realmente suyo. Veía a sus padres arriesgar el cuerpo en cada actuación y, aunque admiraba su entrega, sabía que él no quería pasar su vida colgado de una cuerda o lanzándose desde plataformas inestables. Tampoco se veía como alguien destinado a destacar en los estudios; simplemente no le interesaban y nunca consiguió sentirse cómodo frente a los libros. Vivía entre escenarios, focos y malabares, pero sin un rumbo claro.

Todo empezó a cambiar durante una de las giras del circo. En un descanso, mientras paseaba cerca de un polideportivo vio un partido Crushball. No era nada especial: jugadores jóvenes, equipaciones mezcladas y un balón gastado. Pero la escena lo atrapó. Le llamó la atención la velocidad, la energía, la forma en la que cada jugador parecía moverse con un propósito. Le gustó el ambiente y la sensación de que allí cada persona podía demostrar algo sin necesidad de fuegos artificiales.

A partir de ese día, siempre que llegaban a una nueva ciudad, Casimiro buscaba un campo, una plaza o un descampado donde se jugara algo parecido a un partido. Se unía sin preguntar demasiado, aprendiendo a base de participar. No destacaba por técnica, pero sí por constancia y ganas. Para él, jugar era una mezcla de liberación y descubrimiento; por primera vez encontraba algo que le hacía imaginar un futuro distinto.

Cuando cumplió 18 años, tomó una decisión que llevaba tiempo en su cabeza: dejar el circo. Sus padres no se sorprendieron tanto como él esperaba. Eran circenses, y justamente por eso lo entendieron mejor que nadie: sabían que esa vida los apasionaba, que valía la pena a pesar del riesgo, pero también que no garantizaba seguridad ni estabilidad. Y aunque les costaba despedirse de él, aceptaron su elección. Casimiro se sacó la licencia federativa, lo poco que necesitaba para empezar a buscar su oportunidad de verdad.

Desde entonces ha vivido con cierta incertidumbre, encadenando trabajos y entrenamientos en diferentes pueblos y ciudades. Ha participado en partidos locales, pruebas abiertas y sesiones de entrenamiento donde la mayoría de los aspirantes

buscaban lo mismo que él: una oportunidad real. Aunque no ha encontrado todavía un equipo estable, su dedicación ha ido creciendo. Sabe que llegar no es sencillo, pero también sabe que tiene algo que aprendió del circo: resistencia, disciplina y la capacidad de adaptarse a cualquier lugar.

Hoy, con 22 años, Casimiro sigue entrenando cada día. No presume de talento natural, pero sí de esfuerzo constante. Vive con la idea de que, tarde o temprano, alguien notará su forma de jugar. No busca fama inmediata ni un gran contrato: solo un sitio donde demostrar que eligió su camino por algo. Después de pasar su infancia viajando sin decidir nada, ahora lo único que quiere es avanzar hacia un futuro que haya construido él mismo.

